

RICARDO CLEMENTE

DONATELLA

Madrid, 1997



*No tenerte  
es ponerme los zapatos  
al revés.  
Un inútil”.*

*Como un suicida  
que esconde en el baño  
las ampollas de cianuro  
te guardo a veces  
en el cajón de la memoria”.*

*‘El mundo,  
qué duda cabe -a veces-  
está bien hecho”.*

ROGER WOLFE.



El cantante de la mano cortada, al que le han implantado una prótesis metálica, que consta de una pinza, insensible, por supuesto, sueña con tener dedos y acelerar sus arpegios y dice que no poder sentir esto, esta aceleración, le produce una enorme tristeza.

---

Yo tuve una novia maximalista.

Maximalista se opone a minimalista.

Maximalista es quien, a cualquier asomo de nada, renuncia al todo.

Nuestro noviazgo duró 25 minutos.

Una brizna de nada se posó en una caricia algo, mínimamente imprecisa.

Los maximalistas no reconocen grados; así que yo, para ella, no fui ni mejor ni peor que los otros novios de 25 minutos: al cabo, una nada.

---

Amanecer, anochecer. Ciclo.

Cuando empiezo pienso y cuando acabo el día vuelvo a pensar en ti. Pienso a todas horas en ti aunque sólo duráramos 25 minutos.

Es el prodigio de los seres humanos maximalistas: la intensidad, es intensidad absoluta. También la decepción suele ser decepción absoluta. La herida, algo laborioso de suturar.

Y no sé si lo que tengo son ojos o heridas.

Se supone que tener heridas en vez de ojos debería otorgarme algún plus de sapiencia.

El único: sé que no debo retozar con mujeres maximalistas porque podría creerse que es un sucedáneo de suicidio.

---

El intento, el solo intento de practicar con la guitarra con la mano cortada y barajar, como el que no se atreve a emocionarse definitivamente, la posibilidad de ejecutar *Europa*, vale para que piense otra vez, novia de 25 minutos, para que baraje, como el que no se atreve a emocionarse definitivamente, la posibilidad de una vuelta a ti.

---

Puedo aceptar que el día entero se me pase sin hacer nada. Esta parálisis, sin embargo industriosa, vale para que pase y repase la filosofía de Adorno, que en días como estos, desde luego, no leería.

Como no hago nada, suelo ver la televisión. Me tiendo en el sillón y dejo de acordarme de Adorno. Pero artículos se siguen escribiendo a pesar de mi voluntad manifiesta de abandonar toda actividad. Argumentos, giros que me darían un premio Nobel.

Alargo entonces la mano y no encuentro un bolígrafo. Sigo viendo la televisión.

---

Intensidad, en ella pienso desde que conocí a mi novia maximalista de 25 minutos.

Es angustioso *crear* en la intensidad.

Es angustioso desconfiar de los grados.

Hay un ranking perverso de casi todo. De noches sublimes, de películas inmortales, de novelas interesantísimas, de poemas perfec-

tos, de obras de escapatistas... Siempre alguien se encarga de llevar la clasificación.

Me agrada en el fondo que mi novia maximalista de 25 minutos no lleve clasificación alguna.

Otra que tuve, minimalista, dice que ahora está mejor, pero que todo tiene menos intensidad. Tengo que reflexionar profundamente acerca de esto.

Aunque lo que haré, será, como siempre, desear meterme en la cama con cualquier otra.

No hago otra cosa: tengo fantasías y veo la televisión.

---

Añoro todo el tiempo aquellos 25 minutos, como el guitarrista manco añora sus dedos.

Ninguno de los dos puede o quiere escribir a máquina. El, porque la pinza no puede pulsar una sola tecla y yo porque tengo todo el día puesta la televisión. También porque sé que a ti, novia minimalista o novia maximalista, tal vez, te escribiría una carta de amor, no un artículo sobre la *Negative Dialektik* como debiera.

---

¿Para qué contenerse? No me sirve de nada la disciplina porque no creo en la intensidad, ni siquiera en los grados de intensidad.

No entiendo por qué amigo, escribo eso de la “subexistencia precaria de amor” y luego te lo leo. Ni tú ni yo queremos, como sin embargo hacemos, acabar en la cama. Acariciarnos, besarnos. Como yo lo hacía con mi novia minimalista a todas horas. Como lo hice con mi novia maximalista durante 25 minutos.

Tranquilo: ni tú lo tendrías que reconocer ni yo lo reconocería aunque me volviera loco.

No vamos a tener que reconocerlo aunque todos los días que dices que vienes sólo a verme acabemos en la cama, nos besemos, acariciemos y lo lógico subsiguiente.

Que sueñe significa que estoy alienado. Cuando me besas se me aparece Adorno y me interroga. No contento con explicar a la civilización occidental, me quiere explicar a mí.

Para vengarme escribo el jodido artículo. Lo explico a él. Siendo un espíritu y yo poseyendo manos -aunque también televisión (y esto casi nivela las cosas)- tengo una ventaja inmensa. Dudo que nadie le haga el menor caso cuando hable sobre mí a través de una tabla *ouija*.

---

Con interés, con curiosidad, con incredulidad, ella me mira cuando confieso: “Hoy he escrito sobre ti”.

“¿Me has escrito?”.

“No, sólo he escrito”.

“Una sola línea”.

“No, ciento cuarenta páginas”.

“¿Cómo eran? Digo de intensas”.

“Eran inútiles”.

“¿Por qué?”.

“¿Quieres besarme?”.

“No”.

“¿Por qué?”.

“Ahora estoy mejor. ¿Recuerdas?”.

“S”.

Mi novia minimalista.

---

Los niños.



Mientras *oigo* la televisión los veo a través de las cortinas. Dos se golpean, no de forma continua, sino con una peculiar escalada que acaba con un bocadillo en el suelo y la cabeza del agresor pinzada por el brazo del dueño del bocadillo.

Me dan pena y me dan miedo. Si alguno de los dos perdiera la mano y se la sustituyeran por una prótesis metálica que le sirviera para tomarse una taza de café, pero no para ejecutar con corrección *Europa*, sé que no tendría jamás una novia minimalista y luego una mujer minimalista y unos hijos sin sentimientos y sé que no lo resistiría.

Al fondo del patio hay otro que sigo tras una elección al azar. Intenta jugar al fútbol y nunca recibe el balón. Luego se traslada a la cancha de baloncesto y recibe un tapón cada vez que tira y la pelota es interceptada cada vez que la pasa. Al fin decide ir a jugar con las niñas: a la comba. La cuerda siempre le golpea. Se aleja entre agrias recriminaciones. Pero no se sienta: arrebató el bocadillo a otro que simplemente permanecía absorto en la degustación. Se golpean. El agredido pinza la cabeza del agresor.

Este cuadro se repite en el patio del colegio un número incalculable de veces en cada recreo.

---

Me dice una amiga poeta -de la que no me agrada nada de lo que escribe- que me ha escrito un poema.

El poema dice:

“No sé si lo que tengo son ojos o son heridas.

Y no sangro más que Theodore W. Adorno,

el sin embargo desaparecido,

pero genial espíritu”.

Le digo que me recuerda algo pero que no me gusta. Aun así nos acostamos. Nada más acabar, pongo la televisión. Dice que lo va a traducir al alemán, ya que en castellano no funciona lo más mínimo. Y no le hago ni caso.

En la costa luce un sol tan intenso que la gente se baña a estas horas. Por la tarde corre una brisa cada vez más fría y por la noche se puede encender la chimenea.

Se puede soñar, se puede vivir.

Yo, en cambio, estoy en esta ciudad y recibo una carta. De Düsseldorf. Son cuatro líneas. El poema parece ahora en esta lengua atroz un mal de ojo. Luego hay otras tres líneas que un amigo -que sabe alemán- me las traduce.

Pregunta: “¿Quién te ha escrito esto?”.

Digo: “Una amiga”.

Dice: “Tu amiga dice que se va a suicidar, pero hay un número de teléfono”.

Lo marco, con gran nerviosismo. Ella no está. Dejo dicho a una compañera suya, allí, de Murcia, que le diga que la amo, que no tema, que la rescataré.

Me paso todo el viaje hasta Düsseldorf viendo la televisión, soportando la aparición burlona de Theodore W. Adorno. El ha debido incitarla al suicidio y a mí a casarme con ella.

---

Se me me ocurre ir a ver en Düsseldorf a una pitonisa de origen ibicenco (?) que dice que ve mi ángel custodio. Es un tipo calvo, con gafas y una corbata hortera, que dice no sé qué de “la obcecación de la conciencia burguesa”.

Le digo: “¿Lo dice en castellano?”.

“No, lo dice en alemán”, responde con acento germano-mallorquín.

“Dile, de mi parte, que voy a escribir otro artículo” y de una profunda mala leche me vuelvo a la Residencia del *Goethe Institut*.

Aquí todo es llano. No hay un solo monte que estorbe la vista. Parece que me hubiera trasladado a un planeta todavía mayor, con más radio que el que predijo Aristarco de Samos.

Las cosas, no obstante, no se ven con demasiada claridad.

Mi poeta dice ahora que no me quiere y yo no la puedo querer. Sería una eternidad de frases enigmáticas y alambicados razonamientos. Ella lo reconoce. Yo lo reconozco. Pero nos besamos. En cualquier caso, no hay nada mejor que hacer.

No voy a ver la televisión tediosa que hacen aquí.

---

Paseo desde hace algunas horas. Düsseldorf es una ciudad aburrida, llena de gente aburrida. Mi poeta dice que escribe mejor aquí.

Mejor, ¿en qué sentido? ¿Más? La calidad sube. Las palabras suenan mejor en sus nuevas combinaciones, las imágenes son más ricas y las descripciones más precisas. Reconoce que tiene deudas con Peter Handke, frase que significa que ha copiado a Peter Handke casi palabra por palabra, coma por coma.

Yo creo que es mejor copiar a alguien no tan archiconocido; por ejemplo, Costafreda. O Luis Goytisolo: nadie cita *Antagonía*.

Mi poeta dice que sí lo ha leído, pero que se aburrió. “A la tercera novela tenía ganas de pegarme un tiro” y se pone la mano, simulando una pistola, en el cielo del paladar.

Me angustio y le pido que se case conmigo. Otra habitación. Otro polvo y palabras dulces. Es posible que pronto nos entendamos.

(Me cuesta un intento de suicidio comprender que me he enamorado de una mujer fea).

---

En la cama junto a mi poeta me vuelve a pasar lo del tiempo. Lo que me pasaba junto a ti, novia minimalista. De repente han transcurrido dos horas. Breves. El tiempo es muy corto cuando estamos vueltos, mi poeta y yo, al placer propio y al ajeno.

Yo escucho, habla mi poeta. Habla de discos, cantantes, novedades que llegan a España después de ser más que oídas aquí. Una buena idea: para desencamarnos podemos acudir a una proyección con subtítulos, porque entiendo el inglés. Al fin sólo entramos -y es que nos pareció gracioso- a ver una película de Almodóvar en alemán.

Este maldito idioma: Kika se convierte en una película de bestialismo sadomasoquista. La fonética tiene algo de degenerado, de místico -degenerado, al fin y al cabo-, de irracional.

Es el lenguaje de las brujas. Parece una jerga extraterrestre. Mi poeta me descubre que los *Klingon* (¿?) son una especie de metáfora del germanismo en la saga *Star Trek*.

Al salir del cine las calles están solas. Justo cuando entran ganas de vivir. De buscar algo.

---

Adorno, el muy gilipollas, se pasea a todas horas por la Residencia, riéndose a grandes carcajadas que sólo oigo yo. Le reto: "Materialízate, mamón, para que te dé una patada en el culo". Adorno me ignora y va a la sala, deslizándose, como un aeroplano sórdido, donde hay un piano, y ejecuta una de sus composiciones dodecafónicas. Un engendro perverso que requiere 250 páginas de justificación. Los otros residentes observan el piano que suena solo. Mi poeta también se asusta. Se lo confieso. Le confieso que es T. W. Adorno redivivo, que viene a hacernos la pascua.

Encargamos unas misas.

Encendemos velas rosadas, verdes, rojas alrededor de su imagen. Nos compramos tapones de cera.

Yo escribo otro artículo. Este es un asunto personal.

---

Entre los niños -alemanes, por supuesto- hay una niña. Corre tanto como ellos, golpea el balón con mayor técnica, se mueve hacia los lugares donde puede recibirlo o pasarlo mejor. Es superior. Natural a sus 12 años. A esa edad las mujeres son superiores en todo a nosotros. Luego el cuerpo masculino sigue desarrollándose.

Una escena: la madre, protectora, le descubre el día de su primera sangre, a la niña, lo que supondrá ser mujer. El adiós del fútbol. Ser depredada en una discoteca y desear serlo. Esa actitud expectante. No necesitar decir algo ingenioso o inteligente para tener un encuentro sexual.

Pregunto a mi poeta, ¿qué cambia en vosotras para que no nos parezcamos? Nada cambia. Somos nosotros los que cambiamos. Nos volvemos locos.

¿Locura compartida?

---

Todo es igual y todo es diferente. Algo en las tiendas, en los trenes, en las calles es parecido pero, simultáneamente, peculiar.

Miro con atención a estos alemanes. Los detesto. Orgullosos de ser como son; huraños, centrados en sus propias convicciones. Ni un atisbo de flaqueo.

Harald, que estuvo en España, expresa sus dudas: "Somos culpables. Todavía hay un fondo de arrepentimiento en todo lo que hacemos". Mientras hablamos él ordena lo poco desordenado que hay en su cuarto. Geometría ocasional. Todo está geometrizado, pero geometrizado con fanatismo. Nada que ver con Descartes, sino con sentimientos que hallé en, por ejemplo, H. Hesse.

H. Hesse, le digo a Harald, hizo una apología del humor en el *Steppen Wolf*, que no tiene la más mínima gracia. Harald está desconcertado.

---

Mi poeta me observa languidecer. Se impacienta si me ve frente a la televisión -cuyos contenidos comienzo a comprender. Me explica que estoy alienado por ella.

Respondo: “Para eso ya tengo a Adorno, que está haciendo todas las payasadas que no se atrevió a hacer en vida”.

Me deja por imposible. Leo -en inglés- un resumen biográfico de la vida de mi ángel custodio: en 1969, pocos meses antes de su muerte, dos alumnas se desnudaron en su clase y le obligaron a huir humillado.

El espíritu alemán. Incluso para la protesta, esa falta de humor. Incluso para la compasión frente a un acto ridículo.

---

Estoy muy harto de leer poemas minimalistas, de mi nueva novia minimalista, poemas cacofónicos, pasearme entre gente que me repugna y a la que repugno. Para no hacerme *skinhead*, o algo peor, cojo un avión hasta Barcelona. Hace un día espantoso, como todos los del mes pretérito. Subrepticamente me apropio de un walkman y me dedico a oír a *No me pises que llevo chanclas*. Aterrizo en Barcelona después de darle unas cuantas vueltas al mismo *cassette*.

Hace un sol espléndido. Cojo un taxi y le pido al taxista que me lleve a la Barceloneta. Hay atasco, todos se pitán, invaden los carriles. Una delicia.

La Barceloneta está vacía, entre otras cosas porque no llegamos a los 20 grados y es lunes. Me desnudo y me baño. Me seco al sol.

Repuesto, días después, de la gripe, hablo con mi poeta. Naturalmente, no me comprende, no puede comprenderme.

---

Ayer murió el *inventor* del arte concreto. Un viejecito de aspecto apacible, hábil, desde luego, con el tiralíneas, dotado para rellenar cuadros de óleo geometrizado. Su necrológica se destaca en negrita - Times Roman Bold- y describe su “insaciable actividad creadora” (?).

Más pintores.

Escucho un programa siniestro en la radio, al que llaman:

a.- Un individuo que pide auxilio porque tiene un pene de 25 centímetros;

b.- una embarazada que recibe amenazas de una ex-amiga drogadicta y, por lo tanto, neurótica;

c.- un caballero que sostiene que los enfermos de SIDA son imbéciles, porque no se protegieron a tiempo (Fernando, se llama);

d.- un pintor, ex-político que sufre los rigores de la soledad, no pide consejos, sólo desea expresar una queja dirigida a los amigos que le abandonaron o sólo le quisieron por interés. Fuma 4 cajetillas, bebe en exceso. Reconoce que quiere acortar su vida, que no quiere seguir viviéndola sin nadie a quien narrársela, sin nadie a quien amar con la garantía de que también le ame. Intenta también una defensa a su favor: salvó a una amiga al borde del suicidio. La suicida le ha olvidado. Conclusión: dar amor es cosechar indiferencia. Conclusión: la soledad es lo único de lo que hay que ponerse a refugio. La locutora se calla, parece que llora. Al fin su voz surge serena, gélida, debe de estar acostumbrada a este enorme grado de decepción, de sufrimiento.

Las siguientes intervenciones se dirigen al del pene descomunal y a Fernando, que es un poco hijo de su madre, ninguna al pintor. Sí, alguien llama: “Julio, el pintor, que se anime, la vida es bella”.

Intercambios múltiples que esclarecen el estado de cosas. ¿Mi responsabilidad de hombre incluye intervenir en programas de radio?  
¿Quién es Julio, el pintor, ex-político?

---

Tal vez, Adorno, solo en el trasmundo, abandonado por acólitos y comentaristas en vida, necesita de mi compañía. Le pregunto a través de un intérprete mediúmico.

Me arroja un jarrón a la cabeza que me deja inconsciente.

---

Las ex-novias maximalistas suelen estar como un tren, se mueven con un contoneo mórbido.

Las ex-novias minimalistas se echan novio, minimalista.

No hay hombres maximalistas.

Hay hombres minimalistas aficionados al género femenino, en particular a las mujeres de contoneo mórbido.

En definitiva: No sé qué hacer con este silogismo.

Puedo oír, por ejemplo, el disco de *The Stone Roses*.

---

Paro a un tipo por la calle y le digo: “Ha muerto el teórico del arte concreto. Sus días fueron largos y anodinos, pero produjeron cuadros de gran valor”.

Alguien me para: “Julio, el pintor, ex-político, no volvió a llamar” y al entrar en un bar comentan dos tipos: “Mi vecino del 3º se ha suicidado”.



¿Por qué?

¿Por qué sólo oigo historias de suicidas, enamorados y tullidos que saben que no volverán a inspirar amor?

---

Bares.

Librerías.

Una fantástica librería. Me acerco al stand de Filosofía con el propósito de adquirir algunos títulos que faltan en mi biblioteca adorniana. Intercepto un comentario más que general sobre la Escuela de Francfort. Otro filósofo valenciano.

Y voy a un bar. Pido una ración de patatas al ali-oli y una caña, dos, tres, cuando acabo el 4º artículo-conferencia de la *Terminología Filosófica*. Adorno espera a mi lado, invisible para el procomún, con esa misma actitud que he detectado a veces en mí mismo, a que dictamine. Estoy sorprendido. Adorno se ha transformado en un hombre de unos 65 años, que fuma.

“Buenos días” digo, sin poder evitar el acento espectacular de la meseta.

“Buenos días”, dice.

“¿Cómo se llama?”.

“Julio”.

“¿En qué trabaja?”.

“Soy pintor”.

“¿Qué bebe?”, dirigiéndome a una cerveza.

“Cianuro”, responde, sonrío. “No, una caña”.

Vamos juntos a Montjuic.

---

Lo que no soporto son unos ojos sobre mí.

Plásticamente, con la nítida imagen definida y con los ojos cerrados -porque parece que se ve menos cuando no hay luz- veo la pluma sobre el papel. Palabras.

“Lo que no soporto son unos ojos sobre mí”, escribo.

Plásticamente, con la nítida imagen definida y con los ojos cerrados, etc... veo la imagen de mi novia maximalista.

Me la pelo como un mono.

Lo que no soportaría durante mucho tiempo, es que unos ojos sobre mí no fueran benevolentes.

¿Por qué tengo, novia  
maximalista, que fascinar?

Julio, pintor, ex-político, me observa desde una ventana cuando miro la televisión. Me rasco en la parte enrojecida de la cintura, donde aprieta el pijama.

Le digo: “Julio, mírame con benevolencia”.

Dice: “Yo sólo miro con rectitud a mis propios ojos”.

Yo no.



El milagro de las conversaciones. Hoy hemos tenido muchas. Duraban 10 segundos. Luego hemos oído música. Y sin palabras nos asomamos al mar. No tiene la poesía del amanecer. Parece que el día está agotado, viejo de insistir en su ser diurno.

¿De qué vamos a hablar?

De la noche.

Vamos a callar de los borrachos como nosotros, de los, como nosotros, vagos, de los claudicantes que, como nosotros, sacan delicia de la claudicación.

Nunca sentiré tristeza -tan honda- por perder la mano y no poder interpretar *Europa*. Por notar el roce metálico de la pinza en la cuerda que desvirtúa el sonido. Soñaré que estará de moda la soledad, el

aliento pútrido, el pelo mal peinado y la camiseta estrecha que deja las costuras por encima de los hombros.

Dos mujeres, de las que quieren que estemos vivos para mirarnos, no dirigen hacia mí su mirada. El autobús avanza. Dobla en una calle a la derecha y desemboca en la plaza de España. Una tía abuela de mi infancia tiene cerca un despacho de quinielas. Está sentada, con sus, clásicas ya, piernas hinchadas, en una silla minúscula. Obesa como la edad hace que estemos atiborrados de tiempo.

No nos decimos nada.

Al fin confieso: “Me he equivocado de sitio”.

Y es verdad.

---

Puedo narrar mi pasado como he narrado otras muchas cosas. Con idóneos adjetivos como el adjetivo “idóneo”.

Puedo narrar que empecé vivo, rodeado de gente.

Ahora solo, después de algunos años de soledad, recibiendo cartas preocupantes de Düsseldorf, recién llegado a Madrid y con la compañía de Julio, que es como estar solo con mi propia imagen futura: solo, creador, asomado a una ventana derramo salivillas a los viandantes.

Para ser más sublime llamaré a la radio, a un programa de madrugada en el que hablo para que no se me oiga.

---

Mi vieja televisión, la de siempre, parece distinta, encogida porque la televisión del hotel en Barcelona era más grande. No puedo esperar más: conecto los cascos y vuelvo a ver *Ojos Negros*, la película que describe el amor como una intensa muerte, más intensa que la vida.

Digo: “Julio, voy a salir porque voy a conocer a mi próxima novia minimalista”.

“Vale”, dice, mientras rebobina *Ojos Negros*, para verla él.

Cojo el metro. Me bajo en Callao y entro en una discoteca en la que “no soy el más desharrapado”. La veo a ella. Morena, bajita, con una camiseta blanca ajustada, de manga corta por la que asoman unos brazos que acariciaría. Sin otro preámbulo me acerco a ella, que parece aburrirse. La invito a tomar algo fuera del estruendo de las percusiones repetitivas. Dice: “No”.

“¿Qué?”, pregunto.

Duda. “Bueno, vale”.

Conversamos y yo le rozo el pelo. Me mira con una petición de piedad. No me besa. Salimos. Vamos a casa, por la ciudad, en un taxi que pago de mi bolsillo y en el taxi tengo ganas de besarla que calmo cogiéndola de la mano. Suave.

En casa está Julio, con una mujer preciosa, como Mónica, mi nueva novia minimalista.

“He visto *Ojos negros*”, reconoce.

¿Ellas lo comprenden?

---

En la cama, sobre el fondo blanco de las sábanas, espío su pelo largo y su rostro dormido, la blanda respiración. Levanto la sábana y le miro los pechos pequeños y duros, el vello que parece pintado sobre el pubis, y las piernas depiladas, con esa tersura máxima de la piel irritada por la cera.

Un rasgo de coquetería que me pide una correspondencia. Me ducho y me afeito, me echo colonia y vuelvo a abrazarme a ella. Se abraza a mí.

Los dos estamos desnudos.

---

Da pereza volver a hacer el amor en la mañana primera. Da pereza levantarse. La chica, Mónica, mi nueva novia minimalista, tiene prisa. La acompaño en un taxi. Al volver la esquina me doy cuenta de que no tengo su teléfono y me avergüenza volver a por él.

La tarde en casa es un infierno y Julio no comprende que esté así. Por primera vez no entiende mi actitud.

Suena el teléfono. Es ella, Mónica. Sí tuvo la prudencia de copiar mi número.

En mi voz resulta muy extraña la palabra amor, pero Mónica hace una pausa y dice que viene para acá. Según entra por la puerta hacemos el amor y luego nos vamos a ver Madrid.

“Ciudad transfigurada,/puede sorprenderme después de muchos días sin verla...”.

---

“¿Cómo hay que hablarte, Mónica?”.

“¿Por qué?”.

“¿Porque yo hablo distinto con cada persona. He descubierto que hay que hablar distinto”.

“Háblame”.

“Pero, ¿cómo?”.

“Tú lo sabes. Distinto”.

---

Cuando me enamoro, me muero de miedo.

Empiezo a preocuparme de la barba, a preocuparme del pelo.

Soy todo ojos. Miro a todo y a todos.

Miro a Mónica.

Y por las noches, cuando Mónica prefiere estar en su casa, hablo con Julio pero lo siento como una profanación.

Por eso escribo. Poemas, relatos.

Y vuelvo a hablar.

Julio también lo siente como una profanación.

Me pregunto, ¿cómo harán Julio y su amante, a su edad, el amor?

---

Mónica me detiene un día y dice: “Yo no soy real”, “no me dejas ser real” y otras cosas. “Tú sólo quieres adorarme” y “ni siquiera me has pedido opinión”. Se calla cuando descubre mi angustia y ve que no digo nada.

Estamos callados, situación excepcional. En el bar, en la oscuridad del cine, en la espera hasta la llegada del taxi.

“Mónica, quiero que oigas esto, que lo entiendas: yo te quiero”. Mientras lo digo los ojos parece que se me hinchan, que se irritan.

“Estás llorando” exclama, algo conmovida.

Nos besamos un largo rato, con desesperación, abrazándonos más de lo que materialmente *podemos abrazarnos*.

---

Con el pelo recién cortado, la cara afeitada, una camisa de seda y un precioso pantalón de corte italiano estoy destrozado, no obstante.

Hasta Theodore W. Adorno derrama lágrimas cuando me ve.

Julio no insiste demasiado en temas íntimos cuando me habla.

Su amante me tranquiliza: “No se te va a escapar”.

No sería la primera vez.

---

Con los años se neutraliza una sola certeza: todo es imposible. Sólo mediante un sigiloso estar en la dicha evitamos la intervención de *este* genio maligno.

Las cosas se descomponen no con el estallido propio del melodrama sino en un proceso gradual y, sin embargo, medible.

Indispuesto para estas mediciones aparento entereza, soltura, prefiero gastar el tiempo con ella juntos en la cama.

Le leo los viejos poemas, un relato, la novela que le escribí a mi novia minimalista cuando estaba dispuesto a hacer mediciones, cuando me empeñé en hacer todas las mediciones.

“Duele” digo “duele hacer mediciones porque se obtienen resultados”.

Simultáneamente intento conservar la imagen de Mónica y llego a la misma indefectible conclusión: es un milagro. Primero registro su pelo, sus labios, después su barbilla, la beso, el tacto de su cuerpo.

T. W. Adorno se desvanece, ni siquiera pronuncia una palabra porque sabe que estoy muy triste porque ahora soy feliz.

¿Cuánto de dura puede ser la vuelta a la normalidad?



Lo difícil, lo realmente difícil, es estar a la altura de las circunstancias cuando la vida nos plantea dilemas, cuando sufrimos una incitación a la acción y hay que dar una respuesta.



Conozco a Donatella.

Dos días después, paseando por el rastro, con Mónica, mi actual novia minimalista, escucho la *Fantasia para un gentilhombre* procedente de una guitarra, con un cierto deje metálico. Pido a Mónica que me espere un instante y me aposto al lado del manco.

Le pregunto, tras un rato de conversación: “¿Dónde perdiste la mano?”.

En Düsseldorf.

Saludo a Donatella en el 2° piso de la Facultad. Bajo a tomar café y Donatella está allí. Ahora sólo hacemos un gesto, tímido, los dos. De camino al metro voy pensando en ti, novia maximalista de 25 minutos. En el manco que perdió la mano en Düsseldorf. En mi poeta atroz que estropeaba todos los poemas en los dos últimos versos.

Donatella se sienta a mi lado en el vagón de metro. Le ofrezco que cojamos un taxi hasta donde ella quiera. Ella me habla de Milán. Nunca he estado en Milán.

“Esta misma tarde”, propongo, “esta misma tarde volamos a Milán a saludar a tus padres”.

A las siete de la tarde estamos en el aeropuerto.

“Donatella, ¿qué te parece?”, pregunto como el amante que pregunta qué tal hizo el amor.

Donatella dice: “Bello”. Despega el avión.

---

Es agotador para Donatella hablar en castellano. Yo, en italiano, apenas comprendo. Todo el mundo, en el avión, duerme. Yo escribo.

“El amor se compone, hoy día, de tintes de mechas, de zapatos *Camper*, de marcas de vaqueros indiscernibles, se compone de silencio”.

---

Afuera es de noche, cuando descendemos sobre la pista. Me pregunto si volar, si el que yo fuera piloto, le bastaría a mi ex-novia maximalista de 25 minutos. Por una estrategia para la construcción hay mil para el desmonte.

Donatella se despereza, ojos azules, pelo rubio ensortijado. Debe de tener algo de germana. Habla con ese énfasis en las erres, cuando



explica que encuentra Milán transfigurado, después de algunos meses sin verlo.

A mí me parece una ciudad más, con la misma arquitectura anodina y funcional en los barrios próximos al aeropuerto. Italia, en sus construcciones más recientes, se parece mucho a España. La *Scala* es diferente. Consulto si es ahí, precisamente, donde reside la italianidad.

Donatella se señala en la cabeza: “La italianidad reside aquí”.

La familia grita -especialmente la madre- de júbilo. Dan besos sonoros que se asemejan a los hábitos de una cierta clase media franquista. La casa está decorada con lujo pero con contención. Maderas nobles, espejos, techos altos, lámparas que apabullan. Mesas de un tamaño nunca visto.

Ahora me presentan a toda la plantilla. La madre, que me reconviene entre sonrisas, el padre, con bigote, se levanta de un sillón que hay en una sala para ver la televisión. Juegan Milán y Nápoles, una eliminatoria de la Copa de Italia. El resultado, pregunto por el resultado. Donatella traduce. Muy lentamente, como si yo fuera tonto, el padre vocaliza: “Due a Cero”.

Luego los hermanos. Son seis. Dos menores, uno de ellos con un aro en la nariz y cuatro mayores. Todos están en casa. Por lo que entiendo, es un milagro que todos estuvieran allí. Hablan a la vez y yo prefiero indagar por mi cuenta. En una pequeña habitación hay un anciano. Levanta un momento la vista y sigue después viendo el partido en el pequeño televisor en blanco y negro. Tiene aspecto de campesino. Me habla. Del discurso entiendo pequeños fragmentos. “Donatella es bonita, frágil” puntos suspensivos “es bellísima”. Marca el Nápoles.

Anuncian la cena, para nosotros dos, los demás han cenado. La madre da vueltas alrededor nuestro, para observarnos. Donatella dice algo. “Español”, entiendo, imagino. La madre repite “español”, siguen discutiendo hasta que la madre dice “¿amigos?”. “Vero”, dice Donatella. La madre se encoge de hombros y nos deja.

“Donatella, ¿podremos ir mañana a ver la Scala?”.

Iremos.

---

¿Qué quiero yo?, ¿qué quiere el amante?

El amante quiere oír a la amada decir: “Lo encontré en un parque, decía: 'He amado a una novia maximalista de 25 minutos, eternamente a una novia minimalista, a una poeta en Düsseldorf, a alguien que encontré en una discoteca, a Donatella Piergiovanni a cuya familia conocí y luego me quedé solo y he venido aquí a mirarme las manos vacías”“.

Pero hoy nadie habla así.

Nadie siente así. Ni delante de la *Scala* de Milán, ni en la cima capada por la erosión de la Pirámide de Keops. Tal vez en los calabozos del Estadio Nacional de Chile, en el último suspiro antes de saber que por tortura se puede y casi se debe morir.

---

Conocí a Donatella por medio de quién sabe quién. Luego la vi en el 2º piso de la Facultad de Filosofía. Volamos a Milán y conocimos a su familia. Fue anoche. Lo esclarecedor del caso es que cometimos una irracionalidad juntos. Fuimos adonde no se debía ir y adonde tampoco había motivos. A la Scala. Allí tampoco está Italia. Italia está en la cabeza de Donatella.

---

Un manco, dotado de un garfio metálico, toca en la fachada de la *Scala*: ex-músico, golpeado por una desgracia terrible, se ve rebajado a pedir unas monedas. Prefiero no preguntar. No quiero ni oír hablar de Düsseldorf.

En el fondo, muy en el fondo, al que sí añoro es a T. W. Adorno, sus intempestivas apariciones en el momento del orgasmo y -¿por qué no?- la ternura de su alemán al solicitar quién sabe si unas misas.

Paseamos por Milán, comemos en un restaurante y todavía no nos hemos tocado.

“Donatella, no nos hemos tocado todavía”.

Asiente, se levanta tras soltar el tenedor, se vuelca sobre mí y aprieta los labios sobre los míos.

Horas después me dirá: “Yo sé que tú no me puedes amar”, con ese acento italiano que conmueve más.

¿Cómo no volverse, entonces, loco? ¿Cómo no volar hasta Milán y aun hasta Tokio? *¿Cómo olvidar a Mónica?*

Como suele ocurrir en la comedia, acabamos en una terraza, en el ático de su casa, mirando las estrellas. Es de noche y todo lo que significa eso. Nos hemos reído, nos hemos besado, nos hemos deseado, hemos paseado -tal vez lo que más une.

Es la hora de anunciar mi marcha. “Donatella”, miento, “yo nunca te convendría”.

Donatella pregunta: “¿Qué es 'convendría'?”.

---

Me llevo a España el corazón destrozado de Donatella, la mirada inteligente de su madre, las palabras no comprendidas de su abuelo.

Hay un papel en mi chaqueta: “Mi abuelo dijo: 'Donatella es bonita y frágil. Es la joya de nuestras vidas. Una mujer. Hay que cuidarla como se cuida a las cosas bellas y ella, amigo mío, ella es bellísima’”.

Entramos en una zona de turbulencias.

---

En las luces del semáforo veo los ojos de Donatella. Su cuerpo menudo en el reflejo del escaparate. Su melena rubia la vi en el aero-

puerto. Oigo sus palabras mezcladas con el crujido del ascensor hasta mi piso.

Julio no está y el contestador, vacío. Recuerdo que me dejé en Madrid el reloj que me regaló Mónica. No lo encuentro por ningún sitio. Tres horas buscándolo. Hago una pausa para llamar a Mónica. Sí, claro que quiere verme. No pregunta dónde he estado. Quedamos. El reloj, definitivamente, no lo encuentro.

En el parque del oeste me explica *que me va a dejar*.

“¿Por quién?”.

No es por nadie en particular.

“¿Por quién?”.

Un dependiente de zapatería, estudiante de Farmacia.

De vuelta a casa veo en los semáforos los ojos de Donatella. Su cuerpo menudo, en el reflejo del escaparate. Su voz la oigo en el hueco del ascensor.

Suena lejana.



Destino, en él pienso desde que conocí a mi novia maximalista de 25 minutos.

No creo en el destino. Pero el destino sí cree en mí. No es capaz de ignorarme. Más que probable didacta se empeña en parabolizar la máxima “todo es imposible”.

Imposibilidad, tal vez sí creo en ella. Creo más bien en la desesperación, que duela como para pasar muchas noches despierto.



Mi vida, mis ideas, el panorama interior cuando cierro los ojos - exteriores- sobre la cama es un lienzo de Jackson Pollock. Chispa. Un amasijo de tendencias que se entrecruzan, argumentos que cortan el paso a otros argumentos y censuras. Espero a que se despeje. Diez,

doce días, posiblemente. Ida y vuelta a la Facultad, al fin encuentro a una amiga de Donatella. Oculto mi identidad.

“Necesito unos apuntes que le dejé”, finjo.

Cree que ha vuelto a Milán. Me señala a alguien que sí la conocía, que vivía con ella. Nada más verme, me abofetea. ¿Por qué? Me reconoce. Donatella no come, sólo compone con su guitarra rota, le falta una cuerda.

Canta éxitos de Paolo Salvatore. En definitiva, está muy mal.

Corro a la tienda de discos y compro toda la discografía de Paolo Salvatore y Domenico Modugno, un disco de Charles Aznavour, en el que a media voz se dice: “Yo te amé”.

Con esta sola carga vuelo a Milán.

---

Jackson Pollock, Inglés. ¿Cómo en la misma línea, en la misma mente tolerar gusto simultáneo por ambos?

Las palabras de Donatella son un cuadro de Jackson Pollock.

Su aspecto es el de una dama de Ingres: porcelana, burguesa pasión, la tal vez menos peligrosa.

He visto burgueses languideciendo y seguidamente de vacaciones en Indochina. Un burgués sufre más por un azucarero de saldo que por un atropellado. Regurgitan. Tragan todo y luego lo escupen en forma de banalidad. Vacío hablar. Creo que no sienten en realidad nada, más que ante una comida caliente, buenas maneras, ausencia de riesgo. Un burgués sufre al ver un tipo despeinado, sufre más que al ver a ese mismo tipo sufriendo. Lo que le hace sufrir del vagabundo es su falta de higiene, no su mente impedida para proporcionarse un sustento. El burgués lo ignora todo, sólo desea un reducto en el que refugiarse y pasear en zapatillas.

Donatella no es una burguesa.

Un burgués no cantaría canciones de Paolo Salvatore, se iría de compras.

Así, cargado de discos, me presento en la puerta de la casa de Donatella. Vestido con mi mejor ropa -como de costumbre- soy completamente infeliz. Peinado con gomina, portador de un ramo descomunal de rosas rojas.

Su madre se interpone, me espeta algo que debe de ser, de verdad, desagradable.

Yo respondo: “Lo siento, señora. Yo lucho por ser un ser humano decente”.

Uno de los hermanos, que sabe algo de español después de seis veranos en Lloret, me explica en un tono mafioso que Donatella no está para nadie. Al fondo, una pequeña figura, con una guitarra en la mano, manda a todos callar y me pide que pase. Me hacen el pasillo.

Donatella es pequeña, con los ojos cercados de ojeras y una sonrisa que, una y otra vez, me va a destrozar. Coge la guitarra y toca: “Je t'aime moi non plus”. Cuando acaba le digo: “¿Y Paolo Salvatore?”.

“Odio a Paolo Salvatore”.

Y yo he comprado más de diez discos.

Se ríe. Se ríe tanto que creo que voy a vivir en Italia mucho tiempo.

T. W. Adorno reaparece y corretea profiriendo un aullido de indio. Está muy contento. Se sube a las lámparas.

---

Reunida en cónclave la familia, con la madre a la cabeza y el padre atento a la vuelta del Milán-Nápoles, el Nápoles-Milán, explico, traducido por Donatella, que los desórdenes paranormales del último día y medio se deben a T. W. Adorno.

---

Me gusta oír *Brown eyed girl*, a pesar de que mi enamorada italiana tenga los ojos azules.

En la cama, junto al hermano de Donatella, aficionado a Mallorca y a las alemanas -de Düsseldorf y de otros sitios- pienso en este tiempo de amor y canciones, como si oyera, ahora mismo, Van Morrison- *Get ya bealed*.

Pienso en que me aman mujeres pequeñas y dulces porque yo soy pequeño y dulce -inofensivo- y no grande y adusto, como me veo, como desearía verme.

Como cada noche, Donatella se desliza hasta mi habitación, para que hagamos el amor en la suya.

Luego iré durmiéndome en nuestro paseo por la ciudad.

---

Donatella es menuda, es rubia, tiene unos brazos finos y muy suaves, es la antítesis de mi novia maximalista de 25 minutos. Al contrario que ella, no cree en la intensidad, vive en la intensidad. ¿Yo vivo en la intensidad?

Donatella tiene una voz grave bellísima, impropia de su pequeño cuerpo y su cara de muñeca. Sabe decirme que me quiere como si yo fuera el que le dijera que la quiero. Hoy la he visto cortarse las uñas, acurrucada en el borde de la cama, con unos alicates, sujetando con los dedos para que no volaran -las uñas- como un proyectil. Luego sé que se ha duchado y yo me he ido a la cama. Sé que se ha echado colonia o perfume y hemos desayunado juntos. La he visto comer tostadas y la he estado mirando embobado. Mientras, hablábamos. Mi italiano comienza a existir, su español mejora.

Me dice: “Estoy muy contenta de que mi español sea mejor. Antes no podía traducir a palabras españolas lo que sentía. No podía decir, por ejemplo, que desde que te ví me estalla el pecho”.

Todo esto es una ficción. Extraña ficción en la que cunden los matices.

---

Donatella está en mis sueños.

Donatella está en el borde de la cama.

Aparece mezclada con mi familia perdida y con Julio, el ex-político, que no conoció a mi familia perdida en extrañas circunstancias. Reconoce ante ellos, o más bien narra con despreocupación, detalles de su nuevo amor, que no es otro que la actual pareja de mi ex-novia minimalista.

Entonces despierto con tal angustia que me abrazo a su cuerpo menudo, huelo su cabellera rubia, le pregunto -a Donatella Piergiovanni- si le gusta que la ame tanto. “Mi piace” dice en adorable italiano y le pido que hagamos el amor o me lo pide ella.

Al día siguiente recibo noticias de Madrid: Julio, mi amigo sin amigos, escribe un telegrama desesperado. Su nueva amante ha muerto.

Duele mucho. Duele volver a España a consolar al amigo destrozado, duele dejar a Donatella a merced del olvido. Así lo expreso. Suplico: “Donatella, no me olvides”. No lo resistiría.

Donatella quiere acompañarme. Se opone a la voluntad expresa de sus padres, de su padre, el señor que sigue el fútbol italiano como se siguen las guerras, con incertidumbre, pasión, esperanza y regocijo. Inflexible a las súplicas se enrolla la bufanda del Milán y marcha a *San Siro*. Yo cojo el primer avión, que hace una escala en *Son Sant Joan*. Luego a Barcelona. Más tarde a Madrid.

Año de viajes, canciones y amor: me alejo fatalmente y siempre de lo que quiero.

Donatella.

---



La familia de la amante de Julio, ex-político, solo, maneja los hilos del funeral.

Un ataúd de roble que hiela la sangre en el Tanatorio, en una de cuyas salas encuentro a Julio, desplazado, sentado en un sillón de escai-tela.

Sobre el sillón hay una reproducción del lienzo de Jackson Pollock. Frente a ella nos abrazamos. Julio dice: “Ya tengo la solución. Vamos fuera”.

Afuera hace frío. Más que en Milán. Conversamos frente a un descampado inmisericorde, frente a los aledaños de la frontera sur de Madrid. Yo me estremezco, hundo las manos en los bolsillos del abrigo. Hablo. Hablo de Milán, de Madrid, de las incidencias del viaje. Callo. También callo todo lo que mi respeto precisa.

Julio se mantiene en pie, que ya es suficiente, y fuma. Tiene en la mirada vidriosa una absurda resolución.



En Madrid los entierros son pruebas de persecución en carretera. Se persigue a un coche siniestro que se detiene unos breves segundos para recibir un responso que otorga un cura barítono y presuroso. Siempre el mismo. Luego la persecución se reanuda. Un vehículo elevador sitúa el féretro a la altura del nicho y dos operarios lo introducen. Sellan la lápida con silicona.

Sorpresa. La familia, gracias a su influencia, ha conseguido un entierro. La lápida es de granito. Ciclópea. Un cristo convulso corona el lugar reservado a la familia Sánchez de Castro, médicos, abogados, arquitectos, economistas.

Julio es ignorado. Yo también.

El cielo hermético nos depara una llovizna.

Llueve.

Y el entierro se apresura. La gente se apresura. Julio y yo -estamos solos- observamos cómo cubren con tierra la caja, mientras la lluvia nos moja los hombros, nos moja el pelo.

---

No dejo a Julio que siga hablando. Creo que se ha vuelto loco. Asegura que extrerá el ataúd de la lápida. Discutimos. Se marcha con un portazo.

Vuelve al rato y vuelve a suplicar: “Sólo una última vez. Quiero verla una última vez”.

Pienso en el guitarrista manco, dotado de una útil pinza o garfio, escucho sus metálicas interpretaciones. Lo comparo con Julio, enamorado.

“Julio, hay un límite que no se puede traspasar”.

Límite, entropía, fatalidad, claudicación. Palabras de la misma familia. Me detesto al pronunciarlas. Por eso accedo: porque no hay límites, porque no respeto el 2º principio de la termodinámica y su guerra ganada de antemano a las estructuras disipativas, porque la fatalidad es un discurso para viejas enlutadas y porque la claudicación es una parte de mi anterior vida, no de la nueva.

Mientras salto la tapia pienso en Donatella. Mientras me calo, por la lluvia, y atravieso el cementerio luminiscente y miro los fuegos fatuos. Cuando hago el esfuerzo terrible de mover la monumental lápida y al final lo conseguimos. Donde cavamos con palas y hasta dar con el ataúd de roble que araños en la oscuridad. Mientras, indico a los hombres que nos acompañan que lo lleven hasta el lugar de la tapia por el que debemos sacarlo.

Al día siguiente, de viaje hasta la costa, conduzco como si estuviera insensible, cegado para todo y vidente para únicamente amar a mi novia minimalista e italiana.

---

Al borde de un acantilado. En el cabo de San Antonio. Brisa y luz que ciega porque luce más pura.

Julio sostiene en sus brazos el cuerpo muerto. Recita, en checo, los versos de Holan.

La ha envuelto en una sábana.

La quiere.

Y la arroja al mar tras mirar por última vez su rostro.

Por qué, pregunto después, nos quedamos en ese perfecto silencio cuando se pierde una vida.

---

“Morimos de haber probado la plenitud.

En el centro del gozo el negro se hace aún más negro.

Pero en torno al cuello de la tragedia

ese cuello es níveo, como el cuello de Shakespeare”.

*Vladimir Holan.*

---

Siempre he asociado esos versos a un dibujo de Blake. Porque en verdad el dolor es algo de mujeres solas, de niños abyectos y de campos. El barro en la pica rota y la herrumbre en la garrocha.

Rimas barrocas y no sólo tras una puerta en la isla de Kampa.

Sonido de cañonazos.

---

La muerte nos sitúa en una absurda planicie, o diría que en una leve cuesta abajo. Pero es tan suave el deslizamiento que no queremos ni percibirlo.

Abandonamos a los amigos porque no hay antídoto contra las catástrofes interiores. Porque el amor lo ha dejado todo dicho. Y yo a Julio lo dejo porque prefiere el silencio y sus cigarrillos. Su pintura, que empieza a darme miedo.

Admirado, dolido, vuelo a Milán.

---

En cierta ocasión, Espronceda y otros, ayudaron a profanar la tumba de una mujer por la que un amigo de ellos sentía un amor infinito. No sé si ese individuo sobrevivió. Para mí es vital saberlo, pero tampoco he encontrado datos. La historia finaliza con la detención de este caballero.

Espronceda tuvo un entierro multitudinario, al que acudió todo el pueblo de Madrid: por escribir *La Canción del Pirata*.

Yo estoy escribiendo mi canción del pirata. Me angustia no ser el amigo anónimo, enamorado más allá de la fatalidad, los límites, la entropía, contra la claudicación.

---

Hay un manco, que perdió la mano en Düsseldorf, que siente tristeza. Una novia maximalista que está insatisfecha. Una novia minimalista olvidada de mí. Una poeta atroz que se desinfla en los dos últimos versos y que me ama. Una italiana llamada Donatella que me sonrío y capta o intenta captar lo que ha cambiado en mí. Adorno, vestido con ropas fúnebres, me hace una reverencia, leve, como si me diera su condolencia. Aprecio el detalle y escribo otro artículo en el que expreso mi admiración. Desconfío de haberme deshecho de su incómoda presencia.

---

Donatella traduce mis poemas, aunque, a su parecer, traducidos resultan peores. El hincapié en la fonética los ha hecho resistentes a otras lenguas cultas.

Pero tengo una edición primera en italiano, antes incluso de la española. Se publican en la editorial Capricornio, dedicada también a las Ciencias Ocultas. Es el tomo 101. El número 100 se titula *Teosofía y adivinación en la corte de los zares*; el número 102, *Vida después de la muerte*.

Recuerdo a Julio. Extrañamente, me acuerdo de mí.

---

Hoy, 6 de Enero, he escuchado 17 veces Stone Roses-*Begging you* y aún así no he tenido suficiente. Donatella se ha cortado el pelo y he sufrido un extraño presentimiento. Cuando las mujeres deciden cambiar de aspecto hay que echarse a temblar.

Como si leyera en mi mente, Donatella dice, mientras la miro: “No tengas miedo, puedo cambiarlo todo menos este amor”.

Después lo tomo -que Donatella me ame- como una más de mis propiedades. Como tener brazos -los dos- o piernas -las dos-, algo de lo que uno no se alegra lo suficiente, pero que llora hasta la extenuación cuando se queda sin ello.

---

“Cuando pienso en ti, Donatella, surgen imágenes de criaturas minúsculas, urdo metáforas con palabras agudas. El aire tiene propiedades de clarinete. Yo tengo propiedades de melómano y enamorado. Tú te vas a la ciudad. Invierno, es tan estrecho que no sé cómo va a caber en él tanto amor”, y otras notas como esta que le introduzco en el bolso cuando está dormida, de las que luego no hablamos nunca.

---

MI POETA: “Hay dos tipos de individuos. Los ejecutores y los que son ejecutados. Tú eres de los ejecutores”.

YO: “Yo también he sido ejecutado muchas veces”.

MI POETA: “Entonces eres un idiota. No has comprendido nada o lo que es peor, no has sentido nada”.

YO: “Pero siento remordimientos”.

MI POETA: “Preferiría ser un ejecutor con remordimientos a un ejecutado”.

(La última vez que hablamos. Nevaba en Düsseldorf).

---

Días después u horas después, tal vez da lo mismo, y por la noche. Mi poeta, Claudia, incapaz de dos versos finales definitivos, se aparece al borde de la cama, mientras duerme Donatella.

Días después u horas después, en el correo que remiten de Madrid -lo hace Julio y así sé que sigue vivo- llega la notificación del suicidio de mi poeta. Esta vez logró hacerlo. Intento recordar si me miraba con odio, con lástima o con indiferencia cuando se me apareció. Y no puedo hacerlo. ¿Miraba a Donatella? Nada duele más que el que alguien ocupe el lugar que le corresponde a uno. Yo sí le escribo un poema. A Donatella le explico que ella tiene uno todos los días y que mi poeta no tuvo ninguno. Donatella comprende y me abraza. Yo no soy el que necesita consuelo, era ella.

---

Milán también puede ser una ciudad triste. Algo norteña, rompe la idea germinal e idílica de la Italia meridional, la por todos conocida. Hace frío. Los milaneses sólo piensan en el fútbol y en la Liga Norte. Nadie ha leído a Vattimo. Debo llegar de España para reivindicar su existencia. Donatella lo ha leído. Lo ha leído todo, en realidad. Es

más bonita, más dulce, más inteligente que yo y, sí, no encuentro nada por lo que la merezca y temo que la perderé. Pero no voy a enfermarme de miedo. Porque amedrentado es como la perderé seguro.

---

Gente que conozco en Milán.

Un escritor entrado en años, que conoció a Salvatore Quasimodo, le inventa anécdotas que hace correr como bulos para mejorar su desaliñada biografía. Expreso mi admiración por Quasimodo. Pensó 50 años antes lo que es una realidad ahora. Escribió para enseñarnos la muerte de la poesía.

El escritor entrado en años -¿Morini?- leyó mi libro y expresó su admiración, antes de tomar un canapé.

Donatella, atentamente, le escucha.

---

“Donatella, te digo que siento nostalgia. Y además estoy harto de este tiempo. Quiero embriagarme de Madrid visto después de muchos días. Quiero ver a Julio. Hablar con él, ahora que debe encontrarse mejor. Quiero que nos abracemos en el Viaducto. Que tú me ames allí. Quiero amarte en mi ciudad. Una semana; sé que no puedes negármela”.

---

Me entretiene comparar a Donatella -tan viva- con las azafatas -supuestas muestras del ideal femenino-, teñidas, maquilladas, lucen un moreno impropio de estas fechas.

La gente, los pasajeros, tiene comportamientos atípicos en los aviones. Beben. Solicitan ayuda. Desdeñan mirar el mundo infinito

que se ve por las ventanillas. Resoplan. Mingitan cada cuarto de hora. Cagan. Vomitan. Se indisciplinan.

Las azafatas nos tratan a todos, excepto a Donatella -adorable como siempre, que despierta simpatías-, como a seres de segunda categoría o idiotas profundos. No voy a indignarme. Tengo una fantástica mediadora. Donatella. A ella se lo encargo todo. Resoplo. Bebo. Solicito ayuda. Me indisciplino. Pero miro el mundo infinito que se ve por las ventanillas.

---

Willen Dafoe escribe en la última madrugada, como yo lo hacía, solo, en un film de Paul Schroeder, el director que colaboró con Bukowski.

Schroeder nos quiere hacer creer que esa vida es bella. Pero a mí no me engaña, es un sustitutivo. Lo bello es abrazarse a Donatella. Mirar el mundo infinito, junto a ella, que se ve por las ventanillas.

---

La casa está transfigurada. Parece que una luz insólita la envuelve. Y Julio está también extraño, igual que si hubiera cambiado de costumbres en el transcurso de unas horas. Nos enseña sus cuadros. Emocionan. Aterran. Donatella le acaricia aun no conociéndolo. Julio acepta la caricia con naturalidad. La besa en la mejilla.

Días más tarde me reconocerá que es el amor de una vida. Que no debo dejarla escapar. Yo le explicaré que siempre me he sentido atraído por las mujeres mediocres, excepto en su caso. Miedo, tal vez, a ser superado. También tuve amigos superficiales, excepto Julio. Julio lo agradecerá, pero prefiere los mensajes silenciosos a los halagos. Los halagos son para gente falsaria. Estaré por completo de acuerdo. Llegará Donatella y los dos reconoceremos que hablábamos de ella.



Ella sonreirá y se sentirá feliz de ser imprescindible, lo que cualquier mujer desea. Un hombre desea ser el dueño.

---

Debe ser tomado por peligroso todo lo que se siente como peligro. Debe darse más de lo que es pertinente y mínimo que se espere recibir. Hay que alertarse ante un mal gesto. Esmerarse en decir te quiero, no con palabras, sino con recursos de sobrada infalibilidad.

Los gestos son tan delicados como metáforas. Cualquier variación los destruye. Por eso sigo escribiendo las notas. Un día desaparecerán. ¿Desaparecerá el amor? Seguramente. Hasta entonces prometo estar vivo. Desde entonces volveré a estar muerto.

---

Días tenebrosos los hay siempre. El mío está por llegar. En preparación de ese día tenebroso, finjo que soy menos feliz de lo que soy por completo. Paso así unas horas apretándome en un rincón contra la felicidad. Y Donatella lo descubre. Habla en italiano tan deprisa, y a la vez llora, que casi no la entiendo.

Tras calmarla, tras asegurarle que no la dejaré, que me muero por ella, tras hacerle el amor, con todo lo que tengo de pasión, sufro un terrible arrepentimiento y un miedo: ante ese día tenebroso estaré indefenso.

---

Julio nos acompaña a un café minúsculo, que sólo nosotros conocemos. Está en la calle del Olmo. Las mesas son muebles de máquinas de coser y sobre la barra, sobre los estantes repletos de botellas, un ventilador no da vueltas y en la pared permanece un espejo que ha perdido gran parte del mercurio.

Las cosas envejecen. Julio está envejecido. Habla sin entusiasmo. Nos revela que todavía sigue viéndola, como una foto fija, el día que la conoció después de ver *Ojos negros*, que además teme que aparezca en cualquier momento en forma de espíritu.

Se resiste a ver de nuevo *Ojos negros*. No quiere olvidarla.

---

Un recorte de periódico entre los papeles de Julio:

“Sucesos.

La mujer estrangulada no lo fue por su amante. Fue, en realidad, un caso de robo. El ladrón logró dejar inconsciente al hombre, un pintor de escasa fama, Julio S., ex-director general en un gobierno de UCD. El ladrón dejó olvidada una linterna en el escenario del crimen...”

---

Por las noches, Julio juega con una linterna en la habitación a oscuras.

---

La mejor hora del día, a lo largo de toda mi vida, lo ha sido la hora del café. Donatella lo toma conmigo, los dos echados en el sillón, en silencio, mirando la televisión.

Otra novedad. Sé estar callado con ella. Porque sé que no se me escapará. No está fascinada conmigo. Sólo me quiere. Todavía no la he oído pedirme nada. De todo lo que hago siempre hay una parte que aprecia. Ha sabido cambiar sus costumbres para adoptar algunas de las mías. Como disfrutar de la hora del café. Sentir el sol siempre cálido de Madrid a través de la puerta de la terraza.

---

Para publicar un libro de poemas hay que sufrir humillaciones, sostener conversaciones esquivas, aguantar lecturas condescendientes y hablar con ególatras desmesurados e insensibles.

Después de dar el original y recogerlo intacto, después de ser ignorado en numerosos premios, alguien lo manda a imprenta. Luego se llena de polvo en las estanterías de diez o doce librerías. Se regala a algunos amigos y a algunos enemigos y a partir de entonces se reciben libros de personas desconocidas que esperan que las ayudemos.

Con los años aparece una reseña en algún periódico. También en alguna revista literaria que se llena de polvo en una estantería. Extrañamente, el fuego de los versos sigue, sin embargo, ardiendo.

---

Desde que llegué a Madrid no se me ha aparecido T. W. Adorno. Raro. Luego llega a mis manos la stampa, parte de una psicoimagen, de un calvo discretamente sonriente, con gafas, que un parapsicólogo sueco ha detectado con su cámara de vídeo. Al pie de la foto hay una interrogación que viene a significar que su identidad es desconocida.

Yo escribo en mi ejemplar de la revista parapsicológica: Theodore W. Adorno.

¿Qué querrá decir la W.?

Digo entre dientes: "Thomas Stearns Eliot".

---

*Wiesengrund.*

Así se llama mi libro en castellano, para que pueda llenarse de polvo en las estanterías y se desencuaderne entre los dedos de Donatella.

Su nombre es la famosa *W.* de Adorno. Tampoco sé a lo que se refiere pero sí lo que significa.

---

Ayer volví a encontrarme con el manco. Le expliqué a Julio las coincidencias que acompañan al manco, Düsseldorf, Milán, mi poeta e Italia, también otras coincidencias que he ido notando.

Julio no sabe qué opinar, pero se muestra curioso. De Düsseldorf sólo recuerda que pasó por allí camino de otra ciudad y que el paisaje era anodino. “Como una novela de Peter Handke”, dice en concreto. No opino lo mismo. Y la conversación se complica.

---

Donatella tuvo que escribir una extensa carta a sus padres para explicar que se queda a vivir en Madrid. Tiene que volar a Milán sin mí, porque se presentará mi libro en el Círculo de Bellas Artes. La despido en el aeropuerto, dolido ante la perspectiva de hablar para todo el mundo excepto para quien me importa. Lo digo así, tal como lo pienso y lo siento. Supongo que a Donatella se le ha hecho más difícil volar a Milán. El amor tiene esta lógica: es egoísta, inclemente. Sin embargo ese egoísmo, esa inclemencia, de aflojar, puede desembocar en la desaparición del amor. Un temperamento excesivamente condescendiente, que deja volar, hace cundir la relajación. La relajación es el cero.

Estoy de verdad enamorado: Vuelvo a creer en la intensidad además de vivirla.

---

Círculo de Bellas Artes.

En la primera fila, bien visible, por una casualidad sentada al lado de Julio, está mi novia maximalista de 25 minutos. Viene olfateando intensidad. Al final del acto ya no está. Y no la encuentro. Me preocupa. No que no la encuentre sino que la busque.

---

Sin Donatella me paso todo el día viendo la televisión. Con cariño recuerdo las recriminaciones de mi novia minimalista y poeta, la que me amó.

---

Mujeres. El Tarot predijo la aparición de alguna de ellas en el Arcano de la *Consultante*, una mujer bellísima. Junto a ella aparecía el *Astro*, una morigerada dosis de éxito. Exito, Donatella. Es este el momento que predijo aquella lectura. El Tarot no miente, sólo hay que adivinar el año, el mes, el día de la profecía.

Como soy feliz no voy a echarme las cartas, cosa, por otra parte, muy desaconsejada, dios sabe por qué.

La magia. Seduce todo ese entramado de hechos insignificantes que determinan los grados de desastre y dicha.

---

Voy a rezar, a pesar de mi profundo ateísmo, todos los viernes por Claudia, mi poeta. Enciendo un cirio que yo mismo traigo de una tienda que hay junto a la calle Mayor. Me gusta hablar con el dependiente, hacerle creer que soy alguien muy religioso. Para la ocasión me visto con chaqueta y corbata, voy recién duchado, oliendo a colonia barata. Supongo que los beatos hacen eso. Perfecciono mi imagen con un brazalete negro. “Es una promesa”, le digo al dependiente cuando me pregunta.

Aun así, con todo, rezo de veras. Rezo dos credos y un Ave María en Griego que me enseñó mi novia minimalista, la que ahora se encuentra mejor.

---

Me pregunto por qué hace unos años entendía a Valente y ahora no le entiendo.

Manoseo *Mandorla*, lo lleno de dedazos de chorizo, trato de ver como en él se ve y no puedo. Me paso a Gimferrer. Siempre me paso a Gimferrer. Leo una y otra vez, como Willem Dafoe hace con el mensaje del contestador “i despres un record d'haber viscut amb tu”.

Voy repitiéndolo todo el día entre dientes, cuando paseo por la calle. Hallo a mi novia minimalista frente a un escaparate. Le digo: “...y después un recuerdo de haber vivido contigo”. No dice nada. Y me voy.

Hay objetos, materiales y mentales, intrínsecamente bellos. Cuadros de Ingres, mazazos *à la* Roger Bacon, los dedos de Donatella, mis dedos, alabados a lo ancho y largo del universo-mundo, y la venganza.

En cuanto llego a casa hago una lista, heterogénea, como la enumeración borgiana de la Enciclopedia de las Ciencias China. Digo heterogénea. Es una lista de verdad.

---

La soledad se recupera con peor talante que el resto de los padecimientos. Puede llevarse mejor, por ejemplo, la aparición de caspa. La caspa produce picores y la soledad actitudes perversas, como estar a punto de marcar determinados números de teléfono o escribir poemas con el velado deseo de que sean leídos por unos determinados ojos.

Recuerdo con horror los tiempos en que me paseaba por Madrid tratando de encontrarme *fortuitamente* con mi novia maximalista de 25 minutos.

Luego encontrarla *inesperadamente* produce un placer incomparable. Verla en un acto dedicado a uno mismo provoca una dosis de egodilatación. Que luego desaparezca, rompe el hechizo. Es tan malvada que lo hace todo *inconscientemente*, sin ensayo y sin cálculo, con la seguridad de herir y estar a salvo de censura.

---

Más noticias: debe Donatella permanecer en Milán algunos días, algo relacionado con su documentación y la necesidad de matricularse en algún curso que justifique su estancia en España.

¿Desea decirme algo? No lo dice.

En la cama echado, al borde de la primavera, me entero a través de Adorno, mi ángel custodio, de lo que no he sabido comprender: *este es el año de mi boda*.

---

Mi nueva identidad de beato puede proporcionarnos una ceremonia en un bonito templo. Obligatoriamente estaré muy feliz y además siento que lo estaré sin obligatoriedad.

“Donatella”, llamo tan de madrugada y despierto a sus padres y a su abuelo, que parecía esperar la noticia -de esto me enteraré después-, “¿quieres casarte conmigo?”.

Un segundo de silencio: “Sí”.

Donatella debe de estar muy bonita, emocionada como yo lo estoy ahora mismo. Hay cosas -materiales y espirituales- que son indiscutibles y bellas.

Por eso corro como un idiota a abrazarla en el hall inmenso, kilométrico de Barajas.

La felicidad es hortera, risible, nos conduce a sonrisas ridículas, pero es vibrante.

Ese estado climático en que no nos descabalga ni un seísmo nos aleja de los demás, nos repliega hacia adentro, nos excluye del juego social de mutuas condolencias y recíprocos deseos de grisura ajena.

En la radio -Donatella está leyendo y escribiendo, creo, en la otra habitación- Marina Rosell habla de Brasil, de sus dulces 50 y 60, los años de los mundiales de fútbol y la música de Antonio Carlos Jobim, recientemente muerto. Bajaba una mulata -Donatella está escribiendo- a la playa de Ipanema, luce el sol y Antonio Carlos le compone una canción.

Hoy no se dan tan buenos síntomas. Hasta el funk, más proclive al optimismo, tiene un punto de contundencia y rabia, de presagio encubierto, se llama *acid jazz*.

---

Lo bello, lo realmente bello, es crear felicidad de la nada en una época de reveses, sobreponerse a la amargura.

Amargura, palabra  
amarga y dulce, ¿dónde la encontré?

---

Julio con frecuencia ahora nos visita. Nos acompaña a la hora del café, viene de vez en cuando, de noche al Café del Foro con nosotros. Un descubrimiento: *Juan Antonio Canta*. Humor y salpicaduras de nostalgia.

Juan Antonio no tiene vida social, dice él mismo, ha compuesto en el último año más de 200 canciones. A pesar de tener medio pre-



fiero no hablar con él, no trabar conversación. Porque de tener talento musical yo habría hecho lo mismo. Encerrarme en casa. Acordarme todo el resto de mi vida de la misma mujer.

Masturbarme, eso sí, de vez en cuando. Ver películas en el vídeo.

“Julio”, pregunto, “¿de dónde habremos sacado la palabra amargura?”.

Donatella responde: “Del amor” y mira a Juan Antonio, en el escenario, con fijeza. Como un niño deslumbrado ante el ansiado juguete me quedo sentado al lado de Donatella, oyendo una amarga canción. Tal vez sólo agridulce.

---

De Donatella, lo confieso, me gusta todo. Su sencillez, su voz grave, cómo extiende la mantequilla en las tostadas. Su olor. Su aliento cargado en la primera mañana. Verla vestirse. Verla vestida. Verla desnuda. Verla en el baño lavándose los dientes. Las camisetas que se pone para dormir. El elástico del sujetador en la espalda a través de la blusa traslúcida. La manía de coger el autobús y no un taxi o el metro. Que me haga esperar. Las gafas de escasa graduación que se pone para escribir, con una montura fina que la hace más hogareña. El carmín en sus labios.

---

Mi novia maximalista de 25 minutos es mala pero no *prototípicamente* mala. Hay algo agrio en ella, algo desesperante y desesperanzador. Sin embargo, esos *algos* empujan al deseo. Verla desnuda, con sus pechos grandes y morenos, algo desprendidos, el vello púbico retador y los suspiros de entrega, la indiferencia y mutismo tras hacer el amor, enganchan.

Eso es lo que hace que todavía me acuerde de aquello. Que no le hable a Donatella de ella. Hacerlo, de todos modos, habría sido una

especie de profanación, un error que habría empañado la adoración que sinceramente siento por Donatella.

---

Según una clasificación, la humanidad se divide entre los que tienen que hacer todo para no conseguir nada y los que no tienen que hacer nada para conseguirlo todo. Otra clasificación, más arbitraria, nos divide entre adoradores de los pelos del pecho de Lenny Kravitz y gente que los detesta. Hay más clasificaciones: los que no sienten nada y dicen tener sentimientos y los que lo sienten y piensan que son insensibles. Epoca minimalista en que todo se puede clasificar de este modo.

Luego están los que ignoran estas clasificaciones. Aman, lloran, se casan, mueren sin comprender el infalible alineamiento en que están envueltos.

Otra clasificación: los que han echado más de 20 polvos antes de los 18 años y los que no han echado más que uno a los 25.

Otra: los que se leen el *País de las Tentaciones* y se ríen con sus “6 propuestas para una fiesta loca” y los que se limpian el culo con esa página.

Quemo todas las revistas y los periódicos, después de recortar los anuncios de concursos de poesía.

---

Día ventoso, parece que lo va a volar todo. Para que no suceda me abrazo a Donatella. Su cuerpo menudo es como un punto de amarre. Sus ojos parecen ver con más medida; las cosas dejan agradecidas que se fijen en ellas.

Día ventoso. Entran ganas de quedarse en casa, así, en silencio, espectadores complacidos del estruendo, tramando bellas historias.

Desamor y melancolía. Un solo instante para leer un poema. Son palabras de una mujer inteligente.

“Donatella, cuéntame otra vez esa película de Nanni Moretti”.

Voz grave, escucho durante una hora.

“¿Te acuerdas, Donatella, de Paolo Salvatore?”.

“Sí”, se ríe.

Nos vamos. Fuera de plano se escucha el crujido del colchón de muelles.

Donatella reaparece desnuda para llevarse el libro de Blanca Andreu.

---

Nos disfrazamos de beatos opusdeistas para hablar con el padre Céspedes. Nos arrodillamos frente al altar en una genuflexión honda, respetuosa. Hablamos como si silbáramos. Habla como si silbara el padre Céspedes. Con suave acritud nos explica que hay que hacer un cursillo antes, de formación prematrimonial.

Miro a Donatella, como el marido que consulta a la mujer en el concesionario de coches. ¿Entraba dentro de nuestro presupuesto? Sí. Me quedo un segundo parado, a la espera -lógica- de un contrato que firmar. Luego, algo azorado, por el error ceremonial, me levanto.

La fecha: 18 de Abril de 1995. Tres días después del cumpleaños de Donatella.

Al salir estamos de acuerdo: “La Iglesia es bonita”.

Por la noche, a varios metros del teléfono, se oyen los aullidos de gozo de la familia de Donatella. Posiblemente no esperaban que nos casáramos por la Iglesia, -detalle importante- que Donatella fuera de blanco.

---

Rescato una conversación -un fragmento- que tuve con un pintor. Era un individuo delgado, despeinado, sin afeitar. Bebía whisky:

“Sólo hay que contabilizar la cantidad de chistes de ginecólogos que se cuentan. Cientos. La mujer es enigmática. El enigma es su coño. Una parte fea de su anatomía, que repugna y atrae. Las mujeres bellas, por ejemplo, apenas tienen regla. Las feas tienen una menstruación inmensa. Aparecía en una revista el caso de una mujer que era casi un reguero. La mujer era pequeña, gorda y fea. Compraba las compresas por kilos. Supongo que la insatisfacción produce hemorragias. La fealdad viene acompañada de pechos caídos y coños inmensos. (Pausa) Pásate un día por mi exposición”.

Los cuadros, en efecto, eran, aunque en principio poco reconocibles, en tamaño de 280 x 300, retratos ultrarrealistas de coños. La exposición se titulaba *El enigma*.

---

Julio reconoce que debe dejar de jugar con la linterna en las noches más largas que aeroplanos, en las que, sin embargo, suena el zumbido de las pérdidas onerosas.

Basta con tirarla a la basura. El destino de vertedero -sepultación bajo toneladas de basura- impide la rememoración.

Pasan los días y aunque Julio ya no juega con su linterna, ni recuerda nada, ni siente dolor alguno, escucha un zumbido en las noches largas como aeroplanos.

Dice Julio: “Volamos, seguramente, hacia algún lugar”.

---

Donatella no se impacienta conmigo. Quiere salir hasta tarde para ver Madrid. A mí me gusta verla a ella. El mero acto de acercarse el vaso a los labios y beber, tiene algo de momento inolvidable para mí. Es cierto, no lo había comprendido: los bares resplandecen. Con un

brillo ocre nos sumergen en un universo *retro* en el que sólo las cosas pequeñas son posibles. Como que Donatella me bese.

---

Volamos hacia la nada o hacia el todo. Volamos tal vez a discretos parajes. Y digo “tal vez”, porque llevo dos años pensando con un “tal vez” corrector delante de cada deseo.

Esquiva certeza la de estar completo, sólo se detecta en el sonido de violines celtas y algunas composiciones barrocas.

Volando, así, con esta ausencia de turbulencias, puedo recogeros a todos: a Julio, a Donatella, al manco guitarrista, a mi poeta residente en el trasmundo que se apareció junto a mi cama.

Cuando soy feliz, tengo ganas de hacer el amor. Tres, cuatro veces. Al mediodía.

---

Encuentro a Julio en Opera conversando con el pintor de los coños. Le explica: “Lo que busca el hombre es un coño. El coño. Vive toda su vida para el enigma. Está preocupado, se pregunta: ‘¿Qué es ese coño, retorcido, caliente, imposible de alisar e imposible de hacer visible?’. Es como un cepo el coño. Un enigma”.

---

Con tres meses de retraso -un error en el servicio de correos- recibo un *christmas* de Mónica, mi novia minimalista encontrada en una discoteca. Lo leo dos o tres veces y, en realidad, no dice nada.

---

“Estoy harto, Donatella, de novelas que no dicen nada. De que Tolstoi no acabe nunca de pasarse de moda”.

Donatella se estaba releyendo *Finnegan's wake* con escaso espíritu.

Odio las onomatopeyas. Temo que Donatella se convierta en mi poeta. Los antiguos amores ocupan zonas grises en nuestra memoria. Los juegos infantiles, zonas de resplandor. A partir de cierta edad sólo queremos quemar vida pretérita, buscar la futura ignorando el engaño.

“Donatella”, digo, “estoy harto de la vuelta”.

Creo en la vuelta. Todo lo pendiente ha de volver y es posible que en el momento más inoportuno.

---

Me despierto una mañana como si no hubieran pasado dos años, es decir, pensando en determinado teléfono. Como si mi novia minimalista -la que está mejor y, sin embargo, furtivamente me desea o consentiría en meterse conmigo en la cama- no me hubiera abandonado y luego no hubiera empezado a salir con un forzado sensible. Me angustio. Y no por saber que ya no podría marcar ese teléfono, sino porque temo volver a esa época y volver a vivir todo lo que vino después. Incluido conocer a Donatella.

Amo, la verdad, el momento presente. Cuando parece resuelta hasta la afición de Julio por reproducir determinada escena.

Los peces, pienso, ya habrán devorado aquel cuerpo, el que arrojamos en el Cabo de San Antonio. Reconozco que parecía dormida, pero aun así no se lo contaría a Donatella. Con ella me he censurado todas mis zonas oscuras.

---

Una amiga acompaña a Donatella a comprarse el traje de boda. Las sigo, a una cierta distancia, hasta la tienda, entro a hurtadillas.

Hablan en libertad, con confidencias que no me permitiría ni con Julio. Donatella dice que está loca por mí, con una sonrisa de vergüenza. Mejor: lo más sólido es de lo que uno se avergüenza. Entra a vestirse. Cuando sale, vestida con el traje de novia, todo queda en silencio, inmóvil. Retengo la respiración.

Luego, por la noche, no puedo hablar.

Donatella me pregunta, preocupada: “¿Qué te pasa?”.

¿Cómo le voy a explicar que es lo más bello que he visto nunca?

---

El padre Céspedes nos anima a tener hijos, nos fuerza a hablar delante de los otros asistentes al cursillo. He oído que en cualquier secta anulante se captan adeptos mediante el método de hacerles hablar de intimidades delante de todo el mundo. Ni el más sereno de los hombres está a salvo. Son procedimientos estudiados; se sabe que son infalibles.

Tanto Donatella como yo hemos leído *Camino* y el *Kempis*, entre risas. Repetimos, ante los verdaderos católicos, largos fragmentos. Al final de nuestros discursos los futuros contrayentes tienen lágrimas en los ojos.

Es una obra maestra: *Camino*.

---

Los manuales se escriben para los que no quieren enfrascarse con la reflexión. Son instrumentos de ahorro de tiempo en la cadena de montaje en que se engrana cada pequeña subjetividad.

“Vivan las cadenas”, gritaban los independentistas.

España, país de las contrarreformas, en el que los intelectuales luchan por alcanzar el infinito de conservadurismo. Y no por temor, sino por una exótica afición al infierno. Ese deje infernal, alambicado, preocupado se detecta en todo el Barroco.

*Soledades, El Buscón*, etc, más recientemente, *San Manuel Bueno, Mártir, El sentimiento trágico de la vida, El Romance de la Pena Negra, Sobre los ángeles*, toda la vanguardia de entreguerras, salpicada de españolismo, de psicoanálisis.

Es cierto esto, todavía hoy.

Alguien se apresuró a traducir del rumano *De lágrimas y de santos*.

Se convocan con periodicidad concursos de poesía mística.

---

“Todo el Barroco es la búsqueda subrepticia del coño. España es un país encoñado, peludo, pegajoso, demasiado caliente”. El pintor.

---

En algo le doy la razón al pintor: todas las mujeres me parecieron siempre sucesos inverosímiles. Da miedo mirarlas. Tan enteras, como dioses inabordables. Ahora que se han abierto a los espacios tradicionalmente masculinos dan todavía más miedo. Miedo y deseo: son dos caras de lo mismo. Así acabamos atrapados en el cepo.

Extrañamente, no tengo esta sensación con Donatella. Es como un espacio amplio y confortable, en el que me gusta permanecer, del que temo irme. Sólo conozco a una persona que me abriría una puerta de salida.

---

Un nuevo acto relacionado con *Wiesengrund*, un rollo de creadores jóvenes, dirigido por alguien que se ha apiadado de la poesía.

Donatella está en primera fila, acompañada por Julio. Ambos son símbolos de mi nueva vida. Junto a ellos, casi rozando a Donatella, está mi novia maximalista de 25 minutos, fingiendo hastío. Es como un escupitajo de pasión.



No voy a pensar demasiado en ello.

Cada vez que me propongo algo así, me paso el resto del día pensando en ello.

En mi mesa de trabajo aparecen rotuladores que no sé de dónde han salido. Tickets de compra que se encuentran doblados en cualquier sitio. Como un entretenimiento más intento encontrar el ticket sobrenatural, imposible de asignar a ningún artículo. No lo hay, qué decepcionante. Esperaba que entre el desorden se deslizara *desde algún lugar* una porción de irrealidad. Un solo ticket, correspondiente a la sección de perfumería, es fácilmente atribuible a Donatella.

“Donatella”, digo, “ayer en la lectura vi algo”.

“Che cosa?”.

“Vi... bueno, vi demasiada gente”.

“Sí”, dice Donatella, “es extraño”.

No le digo a Donatella lo que llevo todo el día pensando.

---

Hay un gran número de fenómenos que me resultan increíbles y que son, sin embargo, cotidianos. Y no me refiero a investigación de micropartículas o a que el satélite Astra emita la MTV. Me refiero a pequeños gestos, a canciones y a que se me ocurran cosas. Puro asociacionismo, creación ex-nihilo o sólo reiteración de una forma mental por un primate privilegiado. Escribir, por ejemplo, un soneto es fácil. Las reglas están explícitas, se conoce el fin.

“Se conoce el fin”. Tengo que apuntar eso.

---

Por la tarde sigo con lo del análisis y la creación ex-nihilo. Llega Julio. Se lo leo. Julio dice: “Eso son pamplinas. Límate a disfrutar”.

---

Ya he dicho que Donatella es un milagro, pero ahora voy a repetirlo de otra forma.

Se estira de manera peculiar en la mañana primera; se enfrenta a la secretaria inoperante de la Facultad; charla con el profesor de Ontología.

---

Insólito, lo admito, pasar de la página 150 en mi nueva novela. Es un relato histórico que me produce arcadas y que tanto Donatella como Julio en silencio detestan. Yo también lo detesto, supongo que tanto como el futbolista hacer preparación física.

---

Llega de Milán toda la familia de Donatella, también el abuelo. Los alojamos en un hotel que queda cerca de la Iglesia; después los sacamos a ver Madrid. Me entra complejo de cabrero. En el museo del Prado aprovecho para hablar con el padre de Donatella, que hábilmente se ha dejado caer a mi vera. Le importan tres pimientos los cuadros de Van Eyck, se detiene un momento delante de Tiziano. Me pregunta por mis recursos. No se lo oculto: soy rico, tengo más dinero del que pudiera gastar. “Bien” dice y se va. No volveré a intercambiar una palabra con él.

---

Donatella y su madre salen casi todos los días a hacer compras. A mí me gusta hablar con el abuelo, un viejo comunista, luchador antifascista. Cada vez que nombra a Mussolini hace un gesto con el dedo alrededor del cuello y se sonríe. Tiene los ojos muy azules, casi transparentes. Los ojos de Donatella. Sorprende que una voz grave salga de un cuerpo consumido. Le prometo que a Donatella -y no me cuesta hacer la promesa- siempre la querré.

---

Los hermanos de Donatella no salen, en tres días, de los locales de videojuegos que hay en la Gran Vía. Se narran unos a otros y a mí sus proezas en el *Daytona USA*.

---

Mujeres, niños, primos, parientes: me estoy gastando una fortuna en hoteles. Donatella parece ajena a todo ello la mañana de la boda. Igual que yo estoy hecho un manojo de nervios, ella está muy tranquila. Da gusto oírla hablar en italiano, pasear de un sitio a otro de la casa con una dirección precisa. Yo naufrago entre los milaneses. A media mañana la secuestran y la llevan al hotel. Suele haber esa costumbre odiosa de separar a los casaderos. Es el modo que tienen las sociedades tradicionales de remarcar su dominio en los usos sexuales. Así me paso las horas preparándome para un objetivo invisible.

En la iglesia estoy con un cuarto de hora de antelación. Allí converso con el padre Céspedes y una pareja de reaccionarios ultracatólicos que hemos invitado a la ceremonia. Toman apuntes. Julio se ha puesto unas gafas de sol verdes, con montura dorada y hace fotos con una cámara provista de un enorme *flash*. A mí me llevan al madero. Por fin llega Paola, la madre de Donatella, guapísima a sus años. Es la que me acompañará al altar, recorreremos toda la Iglesia. Entonces estalla un murmullo y se cierra el pasillo central. Al abrirse,

por obra de uno de los hermanos, también dotado de cámara, aparece Donatella, vestida de blanco, cogida del brazo de su padre. Interpretan al órgano el *Ave María* de Schubert.

---

El banquete fue larguísimo, frenético. Y la noche de bodas, una noche extrañísima, en un extraño hotel, en la que no quise separarme de Donatella. Hablábamos bajito, como si alguien espicara, mientras le acariciaba el pecho con la yema de los dedos.

Por la mañana desayunamos y nos despedimos de todos los milaneses, que preferían quedarse dos o tres días en Madrid. Cogimos el avión y camino de Cuba, a 8.000 metros sólo recordaba una cosa. A Donatella en el altar, quitándose el velo y diciéndome “hola”, mirándome después.

---

En la luna de miel, los novios nunca se separan. Nosotros fuimos unos recién casados que se separaron. Donatella quiso ir a Santiago a conocer sola la pobreza. Yo daba vueltas por la habitación del hotel, no decidido a bajar solo a la playa. Al fin quise bajar al bar que había en la planta baja. Me senté en una silla alta, al borde de la calle. Tuvo que ser entonces cuando noté que alguien me tocaba en la espalda. Era mi novia maximalista de 25 minutos.

---

A medida que me sacio, que recorro los centímetros del cuerpo moreno, que cumplo con todo lo que me pide el deseo y que mi novia maximalista me concede, siento como si alguien me robara la felicidad. Ella gime como una loba, pide que le agarre el pecho, se sujeta a mi cintura. Al final se levanta y se viste. Se va sin decir palabra. Y

yo salgo a la terraza cargado de presentimientos: el cielo está gris. No va a parar de llover en una época del año en que no es propio que así suceda.

---

Donatella ni siquiera lo rompe todo, ni siquiera me insulta, sólo dos lágrimas largas le corren por las mejillas mientras hace la maleta. Yo no puedo argumentar nada: seguramente estoy loco, pero, ¿qué clase de atenuante es ése? Además odio los atenuantes, la mayor parte de ellos son disculpas. Eso sí, la llevo al aeropuerto, conduciendo el coche de alquiler. Cuando me despido junto a la puerta de embarque Donatella me advierte: “No me sigas”. Y no la sigo, me muerde en el pecho que haya sido de las primeras en embarcarse, incapaz de soportar unos minutos prescindibles en mi compañía. El amor heterosexual se compone de minutos prescindibles, de querer hacer todo lo prescindible con el otro.

A un pasajero del mismo vuelo, que se ha retrasado, le compro el pasaje por diez veces su valor. En el avión vigilo a Donatella sin acercarme a ella. Es inalcanzable. Le he hecho un daño muy superior al que podría subsanar nunca. De hecho, me siento deslegitimado para remediar nada, ni lo más minúsculo. Pero me acomodo a su lado. No digo palabra durante más de tres mil kilómetros. No nos hablamos en Madrid, pero vamos juntos. Nos acostamos en la cama y, como epílogo, pregunto yo: “¿Por qué?”.

---

“¿Por qué?”, pregunta Donatella. “Necesitaba saber que eres indiscutible”. Y me besa.